

Versaciones de un chupaplumas

Una pistola con cachas de nácar

[1]



que, tras haberse identificado como el empleado de correos que debía entregar un telegrama muy urgente — lo que ya debiera habernos hecho sospechar porque todo el mundo sabe aunque no se lo digan que todos los telegramas lo son —, sacó de su bolso y depositó sobre la mesa¹ al tiempo que, con voz entrecortada por la congoja, ponía en nuestro conocimiento que aun con harto pesar no le sería posible continuar con el plan trazado porque sus jefes, ajenos o indiferentes — “bien por desconocimiento (dijo) o simplemente por ganas de fastidiar” — al destino que su creador le tenía asignado, habían decidido concederle un ascenso y convertirla² en cerebro de una organización dedicada a combatir la estupidez en el mundo.

¹ está por ver si “camilla” del cuarto de estar de los Ramírez o “de mármol con patas de hierro forjado” de la cafetería en la que mi amigo y yo solíamos citarnos para debatir acerca de cuál debiera ser el rumbo que tomase lo que él, muy generoso, se obstinaba en denominar “nuestro relato”.

² Y digo bien “convertirla” porque según hablaba se quitó una máscara de látex que dejó al descubierto unas facciones que eran claramente de mujer y que a Gutiérrez, que para mi desgracia había regresado de sus vacaciones y devuéltole a una cotidianidad tediosa, le parecieron un absoluto desatino...

— Es posible — repliqué con cierta sequedad —, pero el mal ya está hecho y me temo que no vamos a poder volver atrás porque las expectativas de la concurrencia están puestas en qué pasará cuando, una vez desenmascarado el impostor a la vista de que el supuesto telegrama no es más que una lista de la compra escrita por cierto con bastantes tachones y muy mala letra, hayamos de enfrentarnos al hecho de que nos encontramos frente a una situación que ni Lola, ni aun mi madre... — y mire que mi madre no suele atascarse con tal de dejarme en ridículo — van a ser capaces de resolver de forma medianamente satisfactoria.